

La pesadilla

Rafael González

PERSONAJES

TONY MEZCAL.

ELENA.

DANIEL.

CHICA.

ARTIFICIERO 1.

ARTIFICIERO 2.

UNO

Un teléfono llama. Un cenital sobre el tipo que aparece en escena: TONY MEZCAL. Duerme: el tronco recto y su cuello arqueado hacia atrás. Una mesa ante él. En la mesa, una máquina de escribir blanca *Olivetti lettera 35*. Más luz. En la habitación hay también algunos montones de libros, una mesilla sobre la cual unas cuantas fotos, una percha en la que cuelgan una chaqueta, unos pantalones, una gabardina, etcétera, un pobre sillón. Decía Benedetti: «siempre habrá un orden que desordenar». El teléfono continúa llamando, pero TONY MEZCAL duerme y nadie responde.

MEZCAL.- (Despierta sobresaltado, ni tan siquiera respira, piensa en el sueño brutal que ha tenido. Escucha el teléfono, agarra el tubo.) Diga. (Pausa breve.) Ah, hola, Pedro. (Pausa breve.) Sí, sí, estoy bien. (Pausa breve.) No, no, que estaba soñando que... (Pausa breve.) Sí, otro sueño de esos. (Pausa breve.) Me pegaban un tiro en la cabeza. Ayer soñé que

me enterraban vivo. **(Pausa breve.)** Esta misma mañana he recibido el último. **(Pausa breve.)** Lo de siempre: que me prepare, que soy un hijo de puta... Esas cosas. **(Pausa breve.)** El de ayer Ku Klux Klan, pero ya ves: el martes pasado me envió uno la Liga de la Crueldad, y el viernes de la otra semana los Intelectuales Amigos de la no sé qué. **(Pausa breve.)** Claro, es un mal cachondeo, pero manda cojones. **(Pausa breve.)** No, la policía ya ni me llama. Y para mí que puede ser desde el vecino del cuarto al tendero de la esquina, al que le debo... Que por cierto, Pedro, a ver cuándo me pagas las escenas que os he entregado ya, porque llevo una temporadita... **(Pausa breve.)** Bueno, acabarla la acabo pronto, cosa de una hora, estoy ya en la escena final. **(Pausa breve.)** Pues he pensado que ella se despacha a gusto en plan monólogo, le mete un tiro en el entrecejo a él y termina la obra. Si quieres te llamo a eso de las tres, cuando la haya acabado y... **(Pausa breve.)** No, antes no acabo, Pedro. Hasta ahora la cosa me ha salido más o menos bien y no quiero hacer una chapuza al final. **(Pausa breve.)** Sí, mañana te llamo y te cuento cómo acaba todo. **(Pausa breve.)** Vale. **(Pausa breve.)** Hala, adiós, hasta mañana. **(Cuelga. Mira el folio que hay en el carro de la máquina, busca las gafas, las encuentra bajo un periódico, se las coloca. Saca el folio y lee un par de frases:)** No me impresiona tu aplomo. Siempre recurres a tus dotes de persuasión...

(Mientras pronuncia estas palabras, la luz baja de intensidad sobre él y un cenital comienza a iluminar a ELENA a un lado del escenario. ELENA, muy metida en su papel de mujer herida, está visiblemente alterada. Sus primeras palabras suenan al tiempo que las últimas pronunciadas por MEZCAL.)

ELENA.- No me impresiona tu aplomo. Siempre recurres a tus dotes de persuasión cuando te ves cogido. ¡Se acabó! No te daré más oportunidades para que termines riéndote de mis sentimientos. Nunca me has querido. ¡Qué falta de escrúpulos! Me has engañado una y otra vez con esas niñatas de... Te odio con todas mis fuerzas. ¡Eres un cerdo!

(Levanta un brazo. En la mano lleva una pistola negra y enorme. Dispara. La luz desaparece sobre ella y se hace sobre MEZCAL. MEZCAL piensa. Se levanta, se dirige hacia el radio-casete y pone una cinta, nada menos que cantos gregorianos. Se sienta. Vuelve a leer el folio en

voz alta incomprensible y acaba arrugándolo. Se agarra la cabeza. Se despeina. De repente, levanta la cabeza. Tiene una buena idea, se le nota en la cara. Mete otro folio en el carro y escribe con prisa. Suena el timbre.)

MEZCAL.- ¡Joder! ¡A tomar por...!

(Y sigue escribiendo. Vuelve a sonar el timbre y también algunos golpes en la puerta, cada vez más salvajes.)

¡Va, va, va!

(Echa una esporádica ojeada a lo escrito y corre a abrir, los golpes y timbrazos continúan sonando un momento. De repente, todo ruido cesa, sólo se escuchan los gregorianos. Paz. MEZCAL regresa.)

Pero pasa, pasa, Daniel. Y cuéntame qué ocurre. Pareces enfadado.

(DANIEL no contesta. Busca algo por la habitación, alguna prueba.)

MEZCAL.- ¿Buscas algo?

DANIEL.- (Sí.) No.

MEZCAL.- ¿Seguro? Igual puedo ayudarte.

(DANIEL intenta atravesar con la mirada MEZCAL. Casi lo consigue.)

Bueno, pues siéntate un momento, voy a poner la cafetera al fuego y ya me cuentas, ¿de acuerdo?

(DANIEL vuelve a no contestar mientras se sienta y vuelve a mirar a MEZCAL de mala manera. MEZCAL sonrío para destensar un poco la situación, pero nada. Así que se va a la cocina. DANIEL, todavía sentado, continúa su búsqueda: debajo del cojín del sillón, debajo del sillón, debajo de la mesilla donde están las fotos... Y, entonces, las ve; en realidad, las fotos las ha visto muchas veces, pero esa foto no: la que coge en la mano y se pone de pie y se le hinchan las venas del cuello y se pone rojo de ira y la tira al suelo. Esa foto nunca. O, al menos, de eso está convencido. Saca una pistola del bolsillo de su gabardina.)

DANIEL.- ¡Hijo de puta!

MEZCAL.- (Regresando de la cocina con un tercio de Mahou en la mano.) Oye, Daniel, que mira, que me queda una cerveza. Estaba entre las lechugas y... (Ve a DANIEL. Ve la pistola que le apunta.) ¡Hostia! ¿Qué haces con esa pistola en la mano?

(DANIEL apunta a la cabeza de TONY. Echa a un lado la cara para no presenciar el crimen que va a cometer. Apagón. Se escucha un disparo. Los gregorianos dejan de cantar.)

DOS

Un teléfono llama. Un cenital sobre TONY MEZCAL dormido como en la escena anterior. Más luz. El teléfono continúa llamando, pero nadie responde.

MEZCAL.- (Despierta sobresaltado, ni tan siquiera respira, piensa en el sueño brutal que ha tenido. Escucha el teléfono, agarra el tubo.) Diga. (Pausa breve.) Ah, hola, Pedro. (Pausa breve.) Sí, sí, estoy bien. (Pausa breve.) No, no, que estaba soñando. (Pausa breve.) Sí, otro sueño de esos. (Pausa breve.) Pues venía un tío y... (Extrañado.) Era Daniel. (Pausa breve.) Sí, era Daniel. ¡Joder! Te juro que estoy

empezando a volverme loco. Ayer soñé que me enterraban vivo y ahora que venía Daniel y... **(Pausa breve.)** Pues esta misma mañana he recibido el último. **(Pausa breve.)** Lo de siempre: que me prepare, que me pegan un tiro, que soy un hijo de puta... **(Pausa breve.)** El de ayer el Ku Klux Klan, pero ya ves: el martes pasado me envió uno la Liga de la Crueldad, y el viernes de la otra semana los Intelectuales Amigos de la no sé qué. **(Pausa breve.)** Claro, es un mal cachondeo, pero manda cojones. **(Pausa breve.)** No, la policía ya ni me llama. ¿No sabes tú que en esta ciudad se producen todos los días más de trescientos delitos? **(Pausa breve.)** ¡Y yo qué sé! Para mí que puede ser desde el vecino del cuarto al tendero de la esquina, al que le debo... Que por cierto, Pedro, a ver cuándo me pagas las escenas que os he entregado ya, porque llevo una temporadita... **(Pausa breve.)** Bueno, acabarla la acabo pronto, cosa de una hora. **(Pausa breve.)** Sí, una hora. Estoy ya en la escena final... **(Pausa breve.)** Pues he pensado que ella se despacha a gusto en plan monólogo, le mete un tiro en el entrecejo a él y termina la obra. **(Pausa breve.)** ¿Cómo? **(Pausa breve.)** ¿Que me cargue a Elena y Daniel diga el monólogo? **(Pausa breve.)** No se trata de eso, Pedro, el monólogo lo puede decir tanto ella como él, pero yo me lavo las manos, a Elena le dices que es cosa tuya. **(Pausa breve.)** De eso nada, yo me lavo las manos. Si me echa los perros, le digo que es cosa de producción y tú te las arreglas, ¿de acuerdo? **(Pausa breve.)** Así sí. Yo con la diva ésa no quiero follones. Me alegro por Daniel, que es buen tío, pero con tal de que Elena me deje en paz... **(Pausa breve.)** Pues ya te digo que en una hora. Si quieres te llamo a eso de las tres, cuando la haya acabado y corregido... **(Pausa breve.)** No, antes no acabo, Pedro. Hasta ahora la cosa me ha salido más o menos bien y no quiero hacer una chapuza al final, tengo que pensar un poco. **(Pausa breve.)** Sí, mañana te llamo y te cuento cómo acaba todo. **(Pausa breve.)** Vale. **(Pausa breve.)** No, no me duermo otra vez. Total, para tener pesadillas... **(Pausa breve.)** Hala, adiós, hasta mañana... **(Cuelga. Mira el folio que hay en el carro de la máquina, busca las gafas, las encuentra bajo un periódico, se las coloca. Saca el folio y lee un par de frases:)** No me impresiona tu aplomo. Siempre recurres a tus dotes de persuasión...

(Mientras pronuncia estas palabras, la luz baja de intensidad sobre él y un cenital comienza a iluminar a DANIEL en el lado del escenario contrario al que ocupó ELENA en el primer acto. DANIEL, muy metido en su

papel de hombre herido por una mujer, está visiblemente alterado. Sus primeras palabras suenan al tiempo que las últimas pronunciadas por MEZCAL.)

DANIEL.- No me impresiona tu aplomo. Siempre recurres a tus dotes de persuasión cuando te ves cogida. ¡Se acabó! No te daré más oportunidades para que termines riéndote de mis sentimientos. Nunca me has querido. ¡Hay que tener estómago para acostarse con unos y con otros mientras yo...! No lo aguanto más. Te odio con todas mis fuerzas. Has jugado con fuego y has perdido la partida. ¡Eres una...! ¡Una...!

(Levanta un brazo. En la mano lleva una pistola negra y enorme. Dispara. La luz desaparece sobre él y se hace sobre MEZCAL. MEZCAL piensa. Se levanta, se dirige hacia el radio-casete y pone una cinta, nada menos que cantos gregorianos. Se sienta. Vuelve a leer el folio en voz alta incomprensible y acaba arrugándolo. Se agarra la cabeza. Se despeina. De repente, levanta la cabeza. Tiene una buena idea, se le nota en la cara. Mete otro folio en el carro y escribe con prisa. Suena el timbre.)

MEZCAL.- ¡Joder!

(Y sigue escribiendo. Vuelve a sonar el timbre y también algunos golpes en la puerta, cada vez más salvajes.)

¡Va, va, va!

(Echa una esporádica ojeada a lo escrito y corre a abrir, los golpes y timbrazos continúan sonando un momento. De repente, todo ruido cesa, sólo se escuchan los gregorianos. Paz. MEZCAL regresa.)

Pero pasa, pasa, Daniel. Precisamente estaba escribiendo la última escena de la obra, hace un rato he estado hablando con Pedro y me ha propuesto que la acabes tú con un monólogo. ¿Qué pasa? ¿No te alegras?

DANIEL.- (No.) Mucho.

MEZCAL.- Te pasa algo, ¿verdad? Estás enfadado. ¿No estarás enfadado conmigo?

(DANIEL no contesta. Busca algo por la habitación, alguna prueba.)

MEZCAL.- ¿Buscas algo, Daniel?

DANIEL.- (Sí.) No.

MEZCAL.- ¿Seguro? Igual puedo ayudarte.

(DANIEL intenta atravesar con la mirada MEZCAL. Casi lo consigue.)

Bueno, pues siéntate un momento, voy a poner la cafetera al fuego y ya me cuentas, ¿de acuerdo?

(DANIEL vuelve a no contestar mientras se sienta y vuelve a mirar a MEZCAL de mala manera. MEZCAL sonrío para destensar un poco la situación, pero nada. Así que se va a la cocina. DANIEL, todavía sentado, continúa su búsqueda: debajo del cojín del sillón, debajo del sillón, debajo de la mesilla donde están las fotos... Y, entonces, las ve; en realidad, las fotos las ha visto muchas veces, pero esa foto no: la que coge en la mano y se pone de pie y se le hinchan las venas del cuello y se pone rojo de ira y la tira al suelo. Esa foto nunca. O, al menos, de eso está convencido. Saca una pistola del bolsillo de su gabardina.)

DANIEL.- ¡Hijo de puta!

MEZCAL.- (Regresando de la cocina con un tercio de Mahou en la mano.) Oye, Daniel, que mira, que me queda una cerveza. Estaba escondida entre las lechugas y... **(Ve a DANIEL. Ve la pistola que le apunta.)** ¡Hostia! ¿Qué haces con esa pistola en la mano?

DANIEL.- (Apuntando a la cabeza de TONY, echando a un lado la cara para no presenciar el crimen que va a cometer.)
Matarte.

MEZCAL.- ¿Matarme? Daniel, coño, no gastes bromas con...
Un momento, creo que ya he vivido este instante.

DANIEL.- Eso, encima pégate un vacile.

MEZCAL.- No, coño, me refiero a que...

DANIEL.- ¡Eres un hijo de puta y te voy a pegar un tiro!
¡Cerdo traidor bastardo! Y yo que te creía un amigo...

MEZCAL.- Y ¿se puede saber de una puta vez qué coño es lo
que he hecho?

DANIEL.- ¿Y lo preguntas? ¿Encima lo preguntas?

MEZCAL.- Si lo hago es porque no lo sé. Me parece.

DANIEL.- Ya. ¿Y no será para cachondearte un poco más,
eh? Quieres que te diga que te has acostado con María para
continuar con la burla, ¿eh, es eso? (**Ahora sí que no lo detiene
nadie.**)

MEZCAL.- Espera, espera, por favor. De lo mío con María
hace años, tú siempre lo has sabido.

DANIEL.- Me has engañado con MI MUJER.

MEZCAL.- ¿Con tu qué? No, no, de eso nada. Que yo, desde
que María está casada contigo, no la he vuelto ni a mirar.

DANIEL.- (Coge la foto del suelo. Se la tira a los pies.) ¿Y
esa foto?

MEZCAL.- (Agachándose a recogerla.) ¿Cuál?

DANIEL.- Ésa.

MEZCAL.- (Mirándola con dificultad, pues no lleva las
gafas.) ¿Qué le pasa a esta foto, Daniel? ¿Qué coño le pasa a
esta foto?

DANIEL.- Estáis juntos. María y tú. Juntos.

MEZCAL.- Muy bien. ¿Y qué?

DANIEL.- En París.

MEZCAL.- ¿En París? ¿Pero qué narices París? Yo nunca he estado en París. Y mucho menos con María.

DANIEL.- ¿Y la torre? ¿Qué coño hace ahí la torre?

MEZCAL.- ¿Qué torre?

DANIEL.- La torre Eiffel, desgraciado. Coge las gafas.

MEZCAL.- **(Las coge.)** Tranquilo, tranquilo, no te pongas nervioso. **(Volviendo a examinar la foto.)** La torre Eiffel, es verdad.

DANIEL.- Claro.

MEZCAL.- Y la de Pissa.

DANIEL.- ¿La de Pissa? ¿Y cuándo has estado tú en Italia?

MEZCAL.- Hace años, hace tres años. Una empresa de lápidas fúnebres me encargó unos guiones radiofónicos sobre el mármol de Carrara y...

DANIEL.- **(Observa la foto hasta el mínimo detalle.)**
¿Seguro que es la torre de Pissa?

MEZCAL.- Segurísimo, ¿no ves que está inclinada?

(DANIEL asiente con el entrecejo fruncido.)

Incluso me parece... **(Piensa, se da cuenta de algo.)**
...¡Grandísimo gilipollas...! ¡Esta foto la hiciste tú, desgraciado, la hiciste tú! ¡Has estado a punto de matarme por culpa de una foto que hiciste tú mismo! ¡Me dan unas ganas de partirme la...!

DANIEL.- Tranquilízate, Tony.

MEZCAL.- Que me tranquilice, que me tranquilice. Has estado a punto de mandarme al otro barrio por una mierda de sospecha gilipollas que tenías y ahora me dices que me tranquilice. Como si no tuviera bastante ya con los cabrones esos de los anónimos, encima resulta que un amigo, el que yo consideraba un buen amigo, va y piensa que estoy en la cama con su mujer y viene a pegarme un tiro, ¡hala!, ¡y a tomar por culo! ¡Fuera, venga, a la calle!

(MEZCAL persigue a DANIEL hasta fuera de la escena. Portazo. MEZCAL regresa a la escena. Los gregorianos siguen cantándole a una virgen.)

¡Me cago...! **(Busca los cigarrillos por aquí y por allá, están en el bolsillo de la gabardina que hay colgada en la percha, por fin los descubre. Enciende un pito y fuma unas caladas.)** Esto es para reventar a un caballo. Yo intentando hacer mi trabajo y no complicarme la vida y la gente, ¡hala!, retorciendo y retorciendo las cosas. Mira que son difíciles. **(Sigue buscando algo. Y, al fin, lo encuentra entre sus libros: las páginas amarillas. Busca un número con el índice mientras se inunda bien los pulmones de humo blanco. Encuentra el número. Pone la guía sobre la máquina de escribir blanca sobre la mesa negra. Respira hondo y marca en el teléfono.)** Oiga... ¿Es La Pizza Nocturna? **(Pausa breve.)** Ah, mire, quería una *prosciutto*. **(Pausa breve.)** *Prosciutto*. **(Pausa breve.)** A la calle Doctor Rogelio número trece segundo izquierda. **(Pausa breve.)** Coca-cola. **(Pausa breve.)** Sí, coca-cola y pizza. *Prosciutto*, no se olvide. **(Pausa breve.)** No, nada más. Gracias, muy amable. **(Pausa breve.)** Ah, sí, perdón: el tres quince quince quince. **(Pausa breve.)** Muchas gracias.

(Cuelga. Termina de fumar el cigarrillo y retoma la escritura, lee en voz alta de aquella manera lo ya redactado y prosigue tecleando. Pero en eso que llaman al timbre.)

¿Ya? No puede ser. **(Se levanta y camina hacia la puerta. Regresando.)** Pasa, pasa, muchacha. Déjalo todo sobre el sillón.

(La CHICA, con una camiseta negra donde se lee en rojo «La Pizza Nocturna», cumple la orden.)

¡Qué rapidez! Espero que esté bien hecha.

CHICA.- Está de puta madre.

MEZCAL.- Eso espero. ¿Cuánto te debo?

CHICA.- Ocho.

MEZCAL.- ¿Ochocientas?

CHICA.- *Yes.*

MEZCAL.- (Le da uno de mil.) Cóbrate.

CHICA.- No tengo cambio, jefe.

MEZCAL.- (Registrando en su monedero.) Vaya, pues parece que yo tampoco. ¿Seguro que no tienes nada de cambio?

CHICA.- Sí.

MEZCAL.- ¿Y cómo lo podemos arreglar?

CHICA.- Dándome usted lo que sobra de propina.

MEZCAL.- ¿Cómo? Ah, de propina. Bueno, es que... (Cabreado, dándole el billete.) Hala, lárgate antes de que me arrepienta.

CHICA.- *Okey.* La factura.

MEZCAL.- Déjala sobre la pizza. Adiós.

CHICA.- Chao.

(Portazo.)

MEZCAL.- (Tras guardar el monedero, abre la caja donde está la pizza y toma un buen pedazo. Va a revisar la factura cuando suena el teléfono, no le ha dado tiempo ni a sacar el bote de coca.) ¡Joder! ¡Es que ni cenar! (El trozo de pizza en una mano sobre la factura sobre la palma. Coge el tubo.) Diga. (Pausa breve. Quiebra el rostro.) Ah, hola, Elena. ¡Qué alegría oírte! (Pausa breve.) No, todavía no, estoy con la última escena. (Pausa breve.) Bueno, he pensado que a lo mejor, en fin... (Pausa breve.) Sí sí sí... (Pausa breve.) Claro, claro... (Muerde un poco de pizza mientras asiente el monólogo de ELENA al otro lado, bastante pesado a tenor de los gestos de MEZCAL. Abre la factura y se sorprende: en lugar de la cuenta, lo que en ella hay escrito y lee es un mensaje redactado con palabras recortadas de periódicos y revistas y firmado por una extraña Asociación. Se queda helado.

Mirada de horror hacia la bolsa donde está el bote de refresco. Reacciona. Cuelga y, con el aparato en las manos, huye hacia el otro lado del escenario. Levanta el tubo de nuevo, marca un número breve.) ¿Policía? **(Pausa breve.)** Policía, escuche con atención: tengo un paquete bomba en el sillón de mi despacho. ¡Va a explotar dentro de cinco minutos...!

(Apagón. El paquete bomba estalla. Ni cantos gregorianos ni narices.)

TRES

Un teléfono llama. Un cenital sobre TONY MEZCAL dormido como en las escenas anteriores. Más luz. El teléfono continúa llamando, pero nadie responde.

MEZCAL.- **(Despierta sobresaltado, ni tan siquiera respira, piensa en el sueño brutal que ha tenido. Escucha el teléfono, agarra el tubo.)** Diga. **(Pausa breve.)** Ah, hola, Pedro. **(Pausa breve.)** Sí, sí, estoy bien. **(Pausa breve.)** No, no, que estaba soñando... **(Pausa breve.)** Sí, otro sueño de esos. **(Pausa breve.)** Pues es extraño porque... bueno... primero venía Daniel... **(Pausa breve.)** Sí, Daniel, y... y luego, con una bomba... **(Pausa breve.)** Sí, con una bomba. Te juro que estoy empezando a volverme loco. Ayer soñé que me enterraban vivo. **(Pausa breve.)** Sí, claro, esta misma mañana he recibido el último. **(Pausa breve.)** Lo de siempre: que me pegan un tiro, que me prepare, que soy un hijo de puta... Esas cosas... **(Pausa breve.)** Ya sé, ya sé que tiene que ser algún imbécil que no encuentra nada mejor en qué entretenerse, pero no me hace ni pizca de gracia. **(Pausa breve.)** El de ayer el Ku Klux Klan, pero ya ves: el martes pasado me envió uno la Liga de la Crueldad, y el viernes de la otra semana los Intelectuales Amigos de la no sé qué; a Federico... **(Pausa breve.)** Sí, sí, Federico también recibe anónimos. Bueno, pues a él le mandó uno la, escucha bien, eh, la Asociación de Numismáticos de Tel-Aviv. **(Pausa breve.)** Claro, es un mal cachondeo, pero manda cojones. **(Pausa breve.)** No, la policía ya ni me llama.

¿No sabes tú que en esta ciudad se producen todos los días más de trescientos delitos? **(Pausa breve.)** ¡Joder, no es que yo quiera desestabilizar, es que lo leí el otro día en el periódico! Pues con eso tienen de sobra. **(Pausa breve.)** ¡Y yo qué sé! Para mí que puede ser desde el vecino del cuarto, que se le nota que le caigo como una mierda desde que salí el mes pasado por la tele... **(Pausa breve.)** No me dijo nada, pero me retiró el saludo. Pues desde él, al tendero de la esquina, al que le debo... Por cierto, Pedro, que a ver cuándo me pagas las escenas que os he entregado ya porque llevo una temporadita... **(Pausa breve.)** No te lo pediría si no me hiciera verdadera falta, tú lo sabes, pero es que los cabrones de Hacienda me llevan frito con la mierda de la licencia fiscal de los cojones. **(Pausa breve.)** Bueno, acabarla la acabo pronto, cosa de una hora. **(Pausa breve.)** Sí, una hora. Estoy ya en la escena final, lo que pasa es que me he quedado durmiendo y...**(Pausa breve.)** Pues he pensado que ella se despacha a gusto en plan monólogo, le mete un tiro en el entrecejo a él y termina la obra. **(Pausa breve.)** ¿Cómo? ¿Que me cargue a Elena y Daniel diga el monólogo? **(Pausa breve.)** No se trata de eso, Pedro, el monólogo lo puede decir tanto ella como él, pero yo me lavo las manos, a Elena le dices que es cosa tuya. **(Pausa breve.)** De eso nada, yo me lavo las manos. Si me echa los perros, le digo que es cosa de producción y tú te las arreglas, ¿de acuerdo? **(Pausa breve.)** Que no, que no, que yo con la diva ésa no quiero follones, parece que el rey le guarda los cochinos. Me alegro por Daniel, que es buen tío, pero con tal de que Elena me deje en paz... **(Pausa breve.)** ¿Cómo? **(Pausa breve.)** ¡No me jodas hombre! ¿Pero cómo coño van a decir el monólogo entre los dos? ¿Pero tú sabes qué quiere decir eso de «monólogo», Pedro? **(Pausa breve.)** Ya, ya sé que lo que a ti de verdad te gusta son los toros, pero no me jodas, hombre, no me jodas... **(Pausa breve.)** ¿Que mueran los dos al final? Oye, macho, que no estoy escribiendo *La matanza de Texas II*, ¿vale? **(Pausa breve.)** Vale, ya veré qué puedo hacer. **(Pausa breve.)** Que sí, no te preocupes. **(Pausa breve.)** Pues ya te digo que en una hora. Si quieres te llamo a eso de las tres, cuando la haya acabado y corregido... **(Pausa breve.)** No, antes no acabo, Pedro. Hasta ahora la cosa me ha salido más o menos bien y no quiero hacer una chapuza al final, tengo que pensar un poco... **(Pausa breve.)** Sí, mañana te llamo y te cuento cómo acaba todo. **(Pausa breve.)** Vale... **(Pausa breve.)** No, no me duermo otra vez. Total, para tener pesadillas... **(Pausa breve.)** Hala, adiós, hasta mañana. Y dale un beso a Laura de mi parte... **(Va a quitarse el tubo del oído y colgar, pero...)** No, no, aquí qué va a estar. Yo, desde que sale contigo, no he vuelto a acostarme con ella. **(Pausa breve.)** No tengo ni idea. ¿Has llamado a Federico? **(Pausa breve.)** No, no estoy diciendo que se haya enrollado con Federico. Yo sólo te pregunto... **(Pausa breve.)**

(Mientras pronuncia estas palabras, la luz baja de intensidad sobre él y un cenital comienza a iluminar a DANIEL y ELENA, frente a frente, cada uno a un lado del escenario, MEZCAL en medio de los dos. Ambos están visiblemente alterados. Sus primeras palabras suenan al tiempo que las últimas pronunciadas por MEZCAL.)

ELENA.- No me impresiona tu aplomo.

DANIEL.- Siempre recurres a tus dotes de persuasión cuando te ves cogida.

(Continúan hablando los dos a la vez, superponiéndose la voz del uno sobre la del otro.)

ELENA. - ¡Se acabó! No te daré más oportunidades para que termines riéndote de mis sentimientos. ¡Qué falta de escrúpulos! Nunca me has querido. Me has engañado una y otra vez con esas niñatas de... Has jugado con fuego y has perdido la partida. ¡Eres un cerdo!	DANIEL. - ¡Se acabó! No te daré más oportunidades para que termines riéndote de mis sentimientos. ¡Qué falta de escrúpulos! Nunca me has querido. ¡Hay que tener estómago para acostarse con unos y con otros mientras yo...! No lo aguanto más. Te odio con todas mis fuerzas. ¡Eres una...! ¡Una...!
--	---

(Ambos levantan los brazos armados. Disparan, la luz desaparece sobre ellos y se hace sobre MEZCAL. MEZCAL piensa. Se levanta, se dirige hacia el radio-casete y pone una cinta, nada menos que cantos gregorianos. Se sienta. Vuelve a leer el folio en voz alta incomprensible y acaba arrugándolo. Se agarra la cabeza. Se despeina. De repente, levanta la cabeza. Tiene una buena idea, se le nota en la cara. Mete otro folio en el carro y escribe con prisa. Suena el timbre.)

MEZCAL.- ¡Joder!

(Y sigue escribiendo. Vuelve a sonar el timbre y también algunos golpes en la puerta, cada vez más salvajes.)

¡Va, va, va!

(Echa una esporádica ojeada a lo escrito y corre a abrir, pero se detiene, piensa unos instantes, se dirige a la foto en la que él aparece con María la noche del estreno de *La vuelta al mundo en ochenta días de un erotómano* de Luis García Berlanga y le busca escondrijo. Lo encuentra después de unos segundos de escrupulosa e inteligente búsqueda: debajo de una gran pila de periódicos atrasados no: atrasadísimos. Se siente satisfecho de sí mismo. Va a abrir. Los golpes y timbrazos continúan sonando un momento. De repente, todo ruido cesa, sólo se escuchan los gregorianos, paz. MEZCAL regresa.)

Pero pasa, pasa, Daniel. Precisamente estaba escribiendo la última escena de la obra, hace un rato he estado hablando con Pedro y me ha propuesto una historia que... En fin, las cosas de Pedro, ya sabes... ¿Qué pasa? Te noto raro.

DANIEL.- Nada.

MEZCAL.- Estás enfadado. ¿No estarás enfadado conmigo?

(DANIEL no contesta. Busca algo por la habitación, alguna prueba.)

(MEZCAL sonriendo.) ¿Buscas algo, Daniel?

DANIEL.- (Sí.) No.

MEZCAL.- ¿Seguro? Igual puedo ayudarte.

(DANIEL lo intenta atravesar con la mirada.)

(Por decir algo.) Iba a hacerme café, porque si no, me quedo durmiendo y no acabo la obra. ¿Quieres tú algo? ¿Quieres café,

té, un whisky, alguna cosa? ¿Una cervecita? Me queda una escondida entre dos lechugas. ¿O quieres un gin-tónico?

DANIEL.- No.

MEZCAL.- No. Vaya, qué desganado estás. Bueno, pues siéntate un momento, voy a poner la cafetera al fuego y ya me cuentas, ¿de acuerdo?

(**DANIEL no le contesta mientras se sienta y vuelve a mirarlo de mala manera. MEZCAL sonrío para destensar un poco la situación, pero nada. Así que se va a la cocina.**

DANIEL, una vez que MEZCAL ha desaparecido de escena, se pone en pie, echa una breve, muy breve ojeada a su alrededor y se dirige inmediatamente a la pila de periódicos atrasadísimos. Encuentra la foto, y entonces... las venas de su cuello se hinchan de una manera inhumana y se pone rojo de ira y tira al suelo la foto y... Saca una pistola del bolsillo de su gabardina.)

DANIEL.- ¡Hijo de puta!

MEZCAL.- (Regresando de la cocina con una botella de orujo Pozo en la mano.) Oye, Daniel, que me queda un culillo de orujo gallego cojonudo que... (**Ve a DANIEL. Ve la pistola que le apunta.**) ¡Hostia! Has encontrado la foto.

DANIEL.- (Apuntando a la cabeza de TONY, echando a un lado la cara para no presenciar el crimen que va a cometer.) Voy a matarte.

MEZCAL.- Espera, espera un momento.

DANIEL.- Me has dejado en ridículo. Y yo que te creía un amigo... ¿Por qué con María? ¿Por qué me has sometido a este escarnio?

MEZCAL.- ¿Lo ves? Te lo dije: si sigues haciendo cosas de Calderón, terminarás hablando como él.

DANIEL.- (Ahora sí que no lo detiene nadie.) ¡Cabrón! ¡Saca tu mano de mi herida!

MEZCAL.- Espera, espera, por favor. Déjame la foto.

DANIEL.- (Se la tira a los pies.) Estáis juntos. María y tú. Juntos.

MEZCAL.- Sí, ya lo sé.

DANIEL.- En París.

MEZCAL.- En París, sí. Pero hay algo muy importante que deberías saber: yo nunca he estado en París, y mucho menos con María.

DANIEL.- ¿Y la torre? ¿Qué coño hace ahí la torre Eiffel, desgraciado? Coge las gafas.

MEZCAL.- (Las coge.) Tranquilo, tranquilo, no te pongas nervioso, ¿eh? (Volviendo a examinar la foto.) La torre Eiffel.

DANIEL.- Claro.

MEZCAL.- Y la de Pissa.

DANIEL.- ¿Cómo?

MEZCAL.- La torre de Pissa. En Italia.

DANIEL.- ¿Y cuándo has estado tú en Italia?

MEZCAL.- Hace años, hace tres años. Una empresa de lápidas fúnebres de Novelda me encargó unos guiones radiofónicos sobre el mármol de Carrara y, además de pagarme en metálico y por adelantado, ahí es nada, me invitaron a hacer un viaje de una semana para documentarme. ¡Joder, Daniel! Aquellos fueron los mejores siete días de mi vida. Informarme, lo que se dice informarme, sobre el mármol de Carrara, ni por asomo. Ahora, comí *spaguettis* cocinados de veintisiete formas distintas, y ya sabes tú que a mí los *spaguettis*... Y conocí a Ylaria, ¡qué mujer! ¿Nunca te he contado lo de Ylaria?

DANIEL.- ¿No te lo estarás inventando?

MEZCAL.- ¿Inventándomelo? Ni el Marqués de Sade podría inventarse las noches, las tardes y, sobre todo, las mañanas que pasamos Ylaria y yo en aquel hotelito al pie de los Alpes Apuanos. Te juro que jamás me ha lamido una lengua más sedante que la de aquella jovencita de diecinueve años, te doy mi palabra de honor de que nunca más volveré a sentir una sensación tan deliciosa como la que me producían sus grandes pechos sobre mi boca. Oye, si te excito, me callo.

DANIEL.- ¡Sigue, coño!

MEZCAL.- Prefiero no contarte cuál era su postura preferida, pero sí quiero que sepas lo que sucedió en nuestra última tarde juntos.

DANIEL.- ¿Qué pasó?

MEZCAL.- Pues nada del otro mundo: ella se había enamorado de mí, pero ya sabes cómo soy yo, no me gusta atarme a nada, y mucho menos a una familia tradicional. Así que, después de algunas cosas que mejor obviaré...

DANIEL.- ¡Joder, Tony, me estás soltando la paja y no el trigo!

MEZCAL.- Shakespeare, ¿a que sí?

DANIEL.- ¿Qué?

MEZCAL.- Eso de la paja y el trigo es de Shakespeare, no me digas que no. ¿*El rey Lear*?

DANIEL.- ¡Y yo qué sé! Sigue con lo de Ylaria. ¡Y ve al grano, coño!

MEZCAL.- ¿Por dónde iba?

DANIEL.- La última tarde.

MEZCAL.- Eso es. Ella quería el matrimonio y yo no estaba por la labor. De manera que fue una escena de lo más húmeda: sus lágrimas, mis lágrimas, todo repugnante. Y todo para acabar una vez más enfrascados en lo mismo.

DANIEL.- ¿Qué mismo?

MEZCAL.- ¡La cosa sexual, Daniel, coño, que pareces la Madre Teresa de Calcuta! Con lo cual vengo a decirte que sí, que estuve en Italia, pero no con tu María. Y además: te juro que no me dio tiempo a hacerme fotos con la torre de Pissa al fondo. ¡Para eso tenía yo el cuerpo!

DANIEL.- (**Traspassando la foto con los rayos X de su mirada.**) Lo que no entiendo muy bien es lo que pinta la torre de Pissa en París.

MEZCAL.- Es que eso no es París.

DANIEL.- Ya lo supongo.

MEZCAL.- Eso fue la noche del estreno de *La vuelta al mundo en ochenta días de un erotómano*, de Luis García Berlanga.

DANIEL.- (**Presintiendo la metedura.**) ¡Hostia, es verdad!

MEZCAL.- Claro que es verdad. Fuimos los tres juntos al estreno, ¿no te acuerdas? Además, esta foto la hiciste tú, ¡gran pedazo de capullo!

DANIEL.- ¿Cómo?

MEZCAL.- Lo que oyes: la hiciste tú. (**Sonriendo con muy mala leche.**) ¿Te das cuenta, Daniel? Has estado a punto de matarme por culpa de una foto que hiciste tú mismo. ¡Gilipollas! ¡Me dan unas ganas de partirme la...!

DANIEL.- Perdona, Tony, perdona, no te pongas así. Yo qué sé. Estoy esperando a María desde las doce y nada, que no llega...

MEZCAL.- ...y has pensado que te estaba poniendo los cuernos conmigo. Sal, sal de mi casa ahora mismo, sal de aquí, hombre, que me veo que me pierdo y...

DANIEL.- Tranquilízate, Tony.

MEZCAL.- ¿Que me tranquilice? ¿Que me tranquilice? Has estado a punto de mandarme al otro barrio por una mierda de sospecha gilipollas que tenías y ahora me dices que me tranquilice. Como si no tuviera bastante ya con los cabrones esos de los anónimos, encima resulta que un amigo, el que yo consideraba un buen amigo, va y piensa que estoy en la cama con su mujer y viene a pegarme un tiro, ¡hala!, ¡y a tomar por culo! ¿Y por qué no se te ha ocurrido pensar que a lo mejor está con Federico, eh, por qué no?

DANIEL.- (**Sorprendido.**) ¿Federico?

MEZCAL.- Por ejemplo.

DANIEL.- No no, si has dicho Federico...

MEZCAL.- Sí, como podría haber dicho... Raúl.

DANIEL.- ¿Raúl?

MEZCAL.- Mira, Daniel, no me toques más las pelotas que no respondo. Ya está bien por esta noche.

DANIEL.- (**Retrocediendo como puede pidiendo excusas, está deseando pillar la puerta y adiós.**) Mañana nos vemos, Tony, en los ensayos, ¿eh? Hala, que duermas bien, adiós.

MEZCAL.- ¡Fuera, venga, a la calle!

DANIEL.- (Deteniéndose un instante.) Entonces, tú crees que con Raúl o con Federico...

MEZCAL.- (Que se lo come.) Es que te mato yo a ti.

**(MEZCAL persigue a DANIEL hasta fuera de escena.
Portazo. MEZCAL regresa a la escena. Los gregorianos
siguen cantándole a una virgen.)**

¡Me cago...! Esta gente se cree que yo soy un semental. **(Busca los cigarrillos por aquí y por allá, están en el bolsillo de la gabardina que hay colgada en la percha, por fin los descubre.)** Este tío se carga al Federico. O a Raúl, vamos, como que me llamo José Carrasco. **(Enciende un pito y fuma unas caladas. Piensa un segundo.)** Pero si yo no conozco a ningún Raúl. A que se carga al primer Raúl que encuentre y luego me endosa a mí el pastel... Esto es para reventar a un caballo. Yo intentando hacer mi trabajo y no complicarme la vida y la gente, ¡hala!, retorciendo y retorciendo las cosas. Mira que son difíciles. **(Sigue buscando algo. Y, al fin, lo encuentra entre sus libros: las páginas amarillas. Busca un número con el índice mientras se inunda bien los pulmones de humo blanco.)** Que se cargue a Federico no me importa, ¿ves?, porque, además de idiota, se lleva la mayor parte de encargos de la ciudad. Este mes ya ha escrito lo menos tres obras. Y cinco novias distintas, el muy cerdo. Déjalo, déjalo: a ver si le meten una buena cornada un día en toda la femoral. **(Encuentra el número. Pone la guía sobre la máquina de escribir blanca sobre la mesa negra. Respira hondo y marca en el teléfono.)** Oiga... ¿Es La Pizza Nocturna? **(Pausa breve.)** Ah, mire, querría una *prosciutto*. **(Pausa breve.)** *Prosciutto*. **(Pausa breve.)** Pues, tomate, *mozzarella*, orégano y jamón. ¿Y se puede saber por qué le ponen esos nombres tan raros si ni siquiera ustedes los entienden? **(Pausa breve.)** Oiga, que yo también estoy trabajando, ¿sabe? Era sólo una curiosidad. **(Pausa breve.)** A la calle Doctor Rogelio número trece segundo izquierda. **(Pausa breve.)** Sidra. **(Pausa breve.)** Sí, sidra, un botellín de sidra. **(Pausa breve.)** Siempre han tenido. **(Pausa breve.)** ¿Y cómo quiere que sepa yo que esa pizzería ha cambiado de dueño y ya no sirven sidra, eh? **(Pausa breve.)** Pues coca-cola. **(Pausa breve.)** Sí, coca-cola y pizza. *Prosciutto*, no se olvide. **(Pausa breve.)** El tres quince quince quince. **(Pausa breve.)** No, nada más... ¡Ah, sí! Dígale a la repartidora, a la rubita esa del pendiente en la punta de la lengua, que haga el favor de traerse cambio de mil, ¿vale?

Que yo no nací antes de ayer... **(Pausa breve. Cabreado.)** Lo que quiero decir es que... **(Pausa breve.)** Que me estoy muriendo de hambre, dense prisa. **(No se lleva bien con el teléfono y acaba una vez más haciéndole un gesto feo tras colgar. Termina de fumar el cigarrillo y retoma la escritura, lee en voz alta de aquella manera lo ya redactado y prosigue tecleando. Pero en eso que llaman al timbre. Ya no le extraña la rapidez.)** ¡A comer! **(Se levanta y camina hacia la puerta. Regresando.)** Pasa, pasa, muchacha. Déjalo todo sobre el sillón.

(La chica, con una camiseta negra donde se lee en rojo «La Pizza Nocturna», cumple la orden.)

Ochocientas, ¿no?

CHICA.- *Yes.*

MEZCAL.- **(Le da uno de mil.)** Cóbrate.

CHICA.- No tengo cambio, jefe.

MEZCAL.- ¿Seguro?

CHICA.- Fijo.

MEZCAL.- Pues o sacas dos libras ya mismo, o no hay talego.

(La CHICA saca los cuarenta duros a regañadientes y se los da a MEZCAL.)

CHICA.- **(Por lo «bajini».)** ¡Tío miserias!

MEZCAL.- ¿Cómo?

CHICA.- Nada.

MEZCAL.- Mira, guapa, no es que yo sea un miserias, es que el dar propina es algo que va en contra de mis principios, ¿sabes? Antiguamente, la propina era una especie de obsequio que se repartía entre los asistentes a una reunión, eso sí me parece razonable. Lo que ya no me lo parece tanto es el hecho de tener que agradecer con dinero los servicios prestados por un

trabajador que, a fin de mes, cobra su sueldo. No sé si me explico. Si a mí, por ejemplo, me dieran veinte o cuarenta o sesenta duros de propina cuando entrego una obra, un guión para la radio o un artículo, pues la verdad es que no me sentiría nada cómodo. Yo cobro lo que está estipulado, y lo cobro y se acabó, no necesito regalitos de nadie, y mucho menos en dinero. Y otro punto importante es el que se refiere al cambio. Vosotros deberíais exigir a vuestros patronos que os dieran el suficiente dinero suelto como para no tener que ir incomodando a los clientes con historias como la que estamos sufriendo en estos instantes tú y yo. Oye, y si no os hacen caso y os mandan a hacer gárgaras, pues para eso tenéis los sindicatos, ¿no te parece?

CHICA.- Oye, jefe, tengo que entregar una *lasagna* a un tío que vive al final de la calle. Si no me sueltas ya el talego, se va a quedar más tiesa que las pelotas de un esquimal. ¿Me pagas o me llevo tu puta cena?

MEZCAL.- (**Le da el billete.**) Hala, toma, desagradecida. Encima de que te estoy dando un buen consejo...

CHICA.- Sí señor. La factura.

MEZCAL.- Déjala sobre la pizza. Adiós.

CHICA.- Chao, viejo.

(MEZCAL echa una rápida ojeada al paquete y sospecha.)

MEZCAL.- Un momento. (**Mostrándole la factura.**) ¿Quién te ha dado este anónimo?

CHICA.- ¿Qué anónimo? Eso es la factura de la pizza y el...

MEZCAL.- (**Mostrándole el reverso de la factura.**) ¿Y qué me dices de esto?

CHICA.- (**Lee.**) «Foto-Flax. Tu tienda de fotos. Avenida de la Estación, 38. Frente multicines». Pues bien, me parece muy bien, me la trae floja.

MEZCAL.- (**Le coge la factura. Sin entender muy bien.**) Pero, ¿esto qué coño es? (**A la CHICA.**) Creí que era un anónimo.

CHICA.- Ya.

MEZCAL.- En serio. Es que alguien me quiere matar.

MEZCAL.- ¡Ah, sí?

MEZCAL.- Sí. Es que yo soy escritor, ¿sabes...?

CHICA.- Ya.

MEZCAL.- Sí... Y bueno... parece ser que... no sé si lo comprendes, pero...

CHICA.- Conque escritor...

MEZCAL.- Sí, eso es. Y hay unos tíos que...

CHICA.- Vamos, jefe: tú lo que quieres es ligar conmigo.

MEZCAL.- ¿Cómo? No, no, en absoluto, te equivocas.

CHICA.- Tú lo que quieres es agarrarte a mi culo y correrte en cinco segundos, ¿eh?

MEZCAL.- Pero, ¿qué estás diciendo?

CHICA.- Pues te advierto que tengo diecisiete años. Y además, soy lesbiana. Así que te vas a tener que joder, amigo.

(La CHICA se marcha y MEZCAL queda indignado.)

MEZCAL.- ¡Será...! ¡Niñata! ¿Pero tú qué coño te has creído?

(Portazo.)

¡Increíble! ¡Cómo está la puta juventud! ¡Pero cómo se puede ser lesbiana con diecisiete años! ¡Demasiado! ¡Lo que me faltaba por oír! **(Guarda el monedero, abre la caja donde está la pizza y toma un buen pedazo. Va a revisar la factura cuando suena el teléfono, no le ha dado tiempo ni a sacar el bote de coca-cola.)** ¡Joder, es que ni cenar! **(El trozo de pizza en una mano. Coge el tubo.)** Diga. **(Pausa breve. Quiebra el rostro.)** Ah, hola, Elena. **(Pausa breve.)** No, todavía no, estoy con la última escena. **(Pausa breve.)** Bueno, he pensado que a lo mejor, en fin... **(Pausa breve.)** Sí sí sí, desde luego, yo la estoy escribiendo de forma que el monólogo lo dices tú, aunque deberías hablar con Pedro, para algo es el productor. **(Pausa breve.)** Claro, claro... **(Pausa breve.)**

No no no, por supuesto... **(Pausa. Muerde un poco de pizza mientras asiente el monólogo de ELENA al otro lado, bastante pesado a tenor de los gestos de MEZCAL. Algo le pasa al bocado de pizza, tiene un cuerpo extraño: un papel. Lo abre acojonándose, lo lee, mira hacia el sillón donde está la bolsa de la pizzería con el bote de refresco. Cuelga, levanta el tubo de nuevo, marca un número breve.)** ¿Policía? **(Pausa breve.)** Policía, escuche con atención: tengo un paquete bomba aquí, en el sillón de mi casa. Vengan enseguida, por favor... **(Pausa breve.)** Doctor Rogelio número trece segundo izquierda. Dense prisa, por favor. **(Cuelga. Deja el trozo de pizza y el anónimo sobre la mesa.)** Un momento, esto me suena, ¿lo habré soñado o...? **(Se da cuenta y se ríe.)** Ah, ya... El bote de coca... **(Se envalentona, se acerca un par de pasos hacia el sillón, mira el paquete, busca en él, saca la coca-cola.)** Ya, y esto era la bomba. **(Se ríe, se la acerca el oído y escucha un inequívoco tic-tac, tic-tac, tic-tac.)** ¿Tic... tac? **(Deposita el bote con muchísimo cuidado. Suena el teléfono. MEZCAL pega un salto.)** ¡Me cag...! **(Descuelga. Contesta en voz baja.)** Diga. **(Pausa breve. Visiblemente enfadado.)** Mira, Elena, me han puesto una bomba debajo del culo, ¿sabes?, estoy esperando a la policía, voy a saltar por los aires, vamos a saltar yo y tu monólogo de mierda, ¿comprendido?, y me va a importar muy poco lo que te haya dicho el productor ni San Pedro que bajara del puñetero Paraíso ahora mismo. Así que hazme un favor, mona: que te den.

(Quiere colgar, pero, con el miedo, el movimiento es torpe y el tubo queda ahorcado por el cable. Mientras hablaba con ELENA, han comenzado a escucharse lejanas sirenas de la policía que, tras colgar, suenan más fuerte. Llaman al timbre.)

¡La poli!

(Corre a abrir. Entran DOS ARTIFICIEROS de la policía nacional.)

(Indicándoles desde una esquina.) Ahí, ahí, sobre el sillón.

(El ARTIFICIERO 1 toma el paquete con cuidado, lo abre y saca el bote de coca-cola.)

MEZCAL.- Lleven cuidado.

ARTIFICIERO 2.- (Saca de un maletín de cuero el instrumental necesario para estos casos y comienza a trabajar. Ausculta el bote. Se quita la capucha, una magnífica y resplandeciente melena rubia cae hombros abajo, deja el fonendoscopio en el suelo. Tira de la anilla del bote. Echa un trago. Vaya monada de «titi».) Prefiero la pepsi. Con diferencia.

(MEZCAL abandona su escondite y se asoma colapsado por la ARTIFICIERA-bombón.)

ARTIFICIERA.- Pasó el peligro, señor.

ARTIFICIERO.- (Toma el bote y bebe.) Está desbravada. Claro, por el susto. **(Le ha hecho gracia su gracia.)**

MEZCAL.- ¿Y la bomba?

ARTIFICIERA.- Lo siento. No había.

MEZCAL.- ¿Cómo que no?

ARTIFICIERO.- No señor. Falsa alarma.

MEZCAL.- Pero, **(Toma el trozo de papel que había en la pizza y lo muestra.)** ¿y este anónimo?

ARTIFICIERA.- A ver: «Eres un maldito trozo de basura. Ahí tienes lo que te mereces. Dentro de cinco minutos vas a saltar por los aires. Besos. Círculo Católico Informático».

(Se ríe, su compañero lo secunda.)

Pues alguien que no tiene nada mejor que hacer. Si me lo permite, lo guardo para hacer el informe.

MEZCAL.- Desde luego, tengo una cajón lleno.

ARTIFICIERA.- ¿En serio?

MEZCAL.- Y tanto. (**Sacándolo de la mesa.**) Si quieren alguno más...

ARTIFICIERO.- ¡Vaya tela! A ver... (**Coge uno.**) «¡Qué ganas tenemos de convertirte en comida para tortugas domésticas, pedazo de cerdo malnacido! Colectivo Ultranacionalista Palacio del Pardo». Me parece que no es usted muy popular. Y perdone si me meto donde no me llaman.

ARTIFICIERA.- (**Al ARTIFICIERO.**) Pues no te metas. (**A MEZCAL.**) ¿Ha denunciado ya esto?

MEZCAL.- Quince veces. Pero no se aclara nada. Me imagino que será algún desgraciado que se entretiene de esta forma en vez de acariciarle los cuernos a su puta madre.

ARTIFICIERO.- Que el Mundo está podrido. (**Señalando a la ARTIFICIERA.**) Se lo digo siempre a mi mujer.

(**La ARTIFICIERA lo acribilla con la mirada.**)

Quiero decir que siempre le estoy diciendo a Esperanza que siempre le estoy diciendo a mi mujer que el mundo está podrido. No sé si me comprende...

MEZCAL.- Por supuesto que sí. Y tiene usted toda la razón.

ARTIFICIERO.- De arriba a abajo. El otro día, sin ir más lejos, en mi propio barrio, unos hijos de puta, con perdón, le robaron a un vecino mío los asientos del coche.

MEZCAL.- ¿De verdad?

ARTIFICIERO.- Se lo juro. Y eso no es lo mejor. ¿Sabe qué es lo mejor?

MEZCAL.- No sé.

ARTIFICIERO.- Al pobre hombre, encima, le escribieron en el parabrisas trasero: «Podrías haberlo tapizado de otro color, cacho de hortera: que el verde es un color de maricones». ¿Qué me dice?

MEZCAL.- Pues, ¿qué coño quiere que le diga? Que esto es ya el sálvese quien pueda y maricón el último. Y claro, está uno ya tan asustado que en cualquier momento se imagina lo peor. Mi caso, por ejemplo. Vamos, es que a quien se le cuente que por un bote de pepsi-cola desbravada haya montado lo que he montado... **(Se ríe de él mismo.)** En fin, les pido perdón por haberles llamado para nada.

ARTIFICIERA.- Mejor así, ¿no cree?

(Se quita el aparatoso traje, al igual que su compañero, y se pasan el uno al otro el bote de donde beben varias veces ruidosamente, están secos.)

MEZCAL.- No, eso está claro. **(Y decide hacer un chiste.)** La verdad es que hoy no me apetece mucho saltar por los aires. **(Y se ríe, y le secundan los artificieros.)**

ARTIFICIERO.- El otro día, por ejemplo, tuvimos el caso contrario. Un tío capullo que se quería deshacer de su mujer, encargó una olla trucada de esas que estalla cuando le quitas la tapa, y se la puso en la mesa de la cocina. Pero se ve que antes de que la mujer la abriera, a él le dio mala conciencia o se acordó de que no había hecho el testamento en su favor, así que fue corriendo y le dijo que se estuviera quietecita, que había una bomba dentro. Demasiado tarde. Menos mal que la carga explosiva que le habían metido era una mierda y la señora sólo perdió las dos manos y es posible que también un ojo. Bueno, pues cuando hablamos con ella y le preguntamos que por qué la había abierto a pesar del aviso de su marido, va y nos dice con toda naturalidad: «Es que como mi Julián siempre está de broma». Así que ya le digo: estamos todos locos.

(Durante este relato, MEZCAL apenas si ha quitado ojo de encima a la ARTIFICIERA, que está muy bien, muy bien. A su vez, la ARTIFICIERA no ha quitado ojo de encima al ARTIFICIERO, temiéndose que metiera la pata en el momento menos pensado.)

(ARTIFICIERO mosca.) ¿Le pasa algo a mi compañera?

MEZCAL.- (Como para sí.) Que está como Dios. (**Pero sale de su ensimismamiento.**) ¿Eh? No, no, no... ¡Qué va! Al contrario. Es que... Bueno, yo... La verdad, estoy totalmente alucinado.

ARTIFICIERA.- ¿Y eso?

MEZCAL.- Usted...

ARTIFICIERA.- ¿Yo?

MEZCAL.- Sí.

ARTIFICIERA.- ¿Qué?

MEZCAL.- Es una mujer.

ARTIFICIERA.- Pues sí, sí señor, desde hace tiempo.

MEZCAL.- Quiero decir que es usted muy... muy...

ARTIFICIERA.- ¿Atractiva?

MEZCAL.- Pues sí, eso, atractiva, mucho.

ARTIFICIERA.- Muchas gracias.

ARTIFICIERO.- (**Bastante mosca. Intenta cambiar de tema.**) En realidad, estas cosas pasan muchas veces, es una especie de cuelgue colectivo. Todo el mundo quiere que le envíen un paquete bomba a casa, en un sentido figurado, por supuesto. Y para nosotros es una suerte, no se crea. En la comisaría de este distrito, sólo Esperanza y yo sabemos desactivar, así que estamos ganando un sueldo que no le quiero ni decir. Más plus de peligrosidad. Y, además, que la gente nos trata como a héroes y nos hacen un montón de regalos: jamones, quesos, whisky...

ARTIFICIERA.- (**Cortando.**) De todo. Mi marido está encantadísimo desde que me especialicé en explosivos.

ARTIFICIERO.- Y tanto. (**Corrigiendo.**) Quiero decir que mi señora también. Además, el otro día salimos en televisión, en Informe Semanal, ¿no nos vio usted?

MEZCAL.- No, yo no tengo televisor.

ARTIFICIERO.- (Extrañadísimo.) ¿De verdad? (Mira a la ARTIFICIERA, que tampoco da crédito. Buscan el aparato con la mirada por el despacho.) Pues salimos. Hombre, tampoco se nos veía bien bien, pero bueno, lo suficiente como para reivindicar una serie de puntos laborales...

ARTIFICIERA.- Por cierto, aún no nos hemos presentado, le ruego nos disculpe: mi nombre es Esperanza: Esperanza Trajano, y soy sargento artificiero; y él es Antonio Azorín, sargento artificiero también.

MEZCAL.- Mucho gusto. José Carrasco.

ANTONIO.- Ya, ya. Nos han pasado su ficha. Es usted escritor y utiliza un alias, ¿no?: Tony...

ESPERANZA.- ...Mezcal. Y se dice seudónimo, Antonio, un seudónimo, no alias. Perdone usted a mi compañero, señor Carrasco. Es pura deformación profesional.

MEZCAL.- Nada, nada, no tiene que disculparse. Hombre, estaría bueno, encima de que me han salvado el pellejo...

ESPERANZA.- No tiene importancia.

MEZCAL.- Para mí sí la tiene. Figúrese...

ANTONIO.- En realidad, lo único que hemos hecho es bebernos su refresco. (Señalando el bote de coca-cola vacío que hay sobre el sillón.) Anda, (Percatándose de la pizza comenzada.) pero a lo mejor estaba usted cenando. Pues siga, siga, por nosotros no lo haga. Nos tenemos que ir ya.

MEZCAL.- Lo cierto es que se me han quitado las ganas con la cosa del susto. Pero, siéntense, por favor, siéntense.

ESPERANZA.- No, no, de verdad. Que ya se hace tarde y debemos regresar a Comisaría. No vaya a ser que pongan otro petardo por ahí...

MEZCAL.- Aunque sólo sean diez minutos. Incluso..., claro, mujer, nos comemos la pizza entre los tres y nos tranquilizamos, bueno, me tranquilizo yo y ustedes descansan un rato, que menudo el trabajo que se han buscado.

ANTONIO.- Lo que había. Y ya le digo: y gracias.

MEZCAL.- Pues no se hable más. Saco unas aceitunitas, unas cervezas y... ay, no, cerveza nada más me queda un tercio. ¿Prefieren beber otra cosa?

ESPERANZA.- Hombre, no sé yo si... Estamos de servicio.

MEZCAL.- Nadie se va a enterar. Además, es para que yo me calme.

ESPERANZA.- ¿Qué dices tú, Antonio?

ANTONIO.- Pues, ¿qué voy a decir? Que este señor es muy amable y que aceptamos gustosos la invitación, que no todo en la vida es trabajar y trabajar como burros.

MEZCAL.- Usted lo ha dicho. ¿Qué quieren beber?

ANTONIO.- Un vino no vendría mal.

MEZCAL.- Lo siento, pero tampoco tengo.

ANTONIO.- ¿Y un anís?

MEZCAL.- Sí, anís sí. Pero no sé yo si con la pizza...

ANTONIO.- Sí, hombre, sí, ¿por qué no? ¿No ha oído eso de que lo que no mata...?

MEZCAL.- No sé yo qué es peor. **(Golpeándose la abultada tripa.)** Pero un día es un día, ¿no? Ahora mismo vengo. Pónganse cómodos. **(Va a la cocina a por el anís.)**

(En cuanto MEZCAL desaparece de escena, ANTONIO y ESPERANZA, si es que se llaman así, que no, se miran cómplices y comienzan un registro a fondo.)

ESPERANZA.- Vamos, rapidito.

ANTONIO.- En la máquina hay algo.

(Se acercan a la máquina y leen el folio que hay en el carro.)

«Dios no existe...

ESPERANZA.- ...de existir, ya habríamos bebido juntos».

(Se miran sin comprender muy bien.)

ANTONIO.- ¿Qué querrá decir con esto?

ESPERANZA.- Alguna mariconada. Pero, eso, a nosotros, nos la trae floja. Nos han mandado aquí para eliminarlo, no para leer sus obras completas. ¿Estamos?

ANTONIO.- Sí.

ESPERANZA.- Pues venga.

ANTONIO.- (Mirando los anónimos que hay en el cajón.)
¿Y esto?

ESPERANZA.- (Los toma con las dos manos y los arruga. Toma la bolsa de la Pizza Nocturna y mete dentro el informe bola de papel.) Cuidado con lo que dejamos por ahí. Echemos un ojo.

(Lo echan. Ven fotos, libros, cajones, etcétera. No encuentran nada utilizable como prueba concluyente. Eso les enfada.)

Nada. Pero tiene que haber algo más. Nos dijeron que nos lleváramos los anónimos y otra cosa. Pero, ¿qué coño era? (Volviéndose hacia el hombre.) Jaime, ¿qué era lo que...?

(JAIME ha aprovechado el cristal de una de las fotos de MEZCAL para prepararse un gramo de nieve que, si ADELAIDA no se hubiera dado cuenta, se habría chupado enterita el muy cabrón.)

ADE.- ¿Qué coño estás haciendo?

JAIME.- ¿Tú quieres?

ADE.- ¡Eres un mierda, tío!

JAIME.- ¿Por qué?

ADE.- (Susurrando.) ¡Baja la voz! ¿Es que no puedes estar sin esnifarte una línea cinco minutos?

JAIME.- ¡La necesito, coño!

ADE.- Es la cuarta que te metes en lo que va de día.

JAIME.- La tercera, ésta es sólo la tercera. (**Se la chupa.**)

ADE.- ¡Hala, qué gusto! No sé cómo no tienes el seso hecho una mierda. Bueno, ¿y quién dice que no lo tienes hecho una mierda? ¡Qué razón tenía mi madre!

JAIME.- Otra vez con eso...

ADE.- ¿Otra vez? Toda mi puta vida voy a estar repitiéndomelo.

JAIME.- (Burlón.) Me vas a hacer llorar.

ADE.- Mira que somos gilipollas las mujeres a veces.

JAIME.- ¿A veces?

ADE.- Un día se me hinchan los cojones, cojo a los críos...

JAIME.- A ver si es verdad.

ADE.- Pero, ¿es que no lo comprendes? Te tiraron de correos por la mierda de la coca. ¿Qué coño quieres? ¿Que nos barran también de esto? Pues te advierto una cosa: esta gente no se anda con chiquitas, esta gente no te abren un expediente y a volar. Estos tíos te meten el cañón de un M61 por el culo y te dejan los intestinos como una raqueta de tenis. ¿Lo comprendes?

JAIME.- Bueno, tranquila, tía. Me he chupado una raya, ¿y qué? ¡Coño, que parece que me haya cargado a alguien!

ADE.- No, eso desde luego que no.

JAIME.- ¿Que no qué?

ADE.- Que parece cualquier cosa menos eso.

JAIME.- ¿Ya estás con los dobles sentidos? ¿Qué coño has querido decir?

ADE.- ¡Que te faltan cojones! Más claro, agua.

JAIME.- ¿Cómo? ¿Que me faltan qué?

ADE.- ¡Estás cagado desde que nos dijeron que teníamos que borrar a un tío! ¿O no?

JAIME.- ¿Yo?

ADE.- Tú.

JAIME.- ¿Que yo estoy cagado por tener que cepillarme a ese mamón?

ADE.- Exacto.

JAIME.- **(Se olvida del tono de su voz.)** ¡Mira, Adelaida, se me están empezando a hinchar las...!

ADE.- ¡Quieres hablar más bajo, coño!

JAIME.- **(Susurrando.)** Se me están empezando a hinchar...

ADE.- ¿Qué?

JAIME.- ¡Las pelotas!

ADE.- ¿Ah, sí?

JAIME.- Como lo oyes.

ADE.- Pues ya iba siendo hora de que las notases.

JAIME.- ¡Mira, tía, vete a la...!

ADE.- El día menos pensado cojo a los críos...

JAIME.- Pues a ver si es pronto. **(Le da la espalda a ADE. Se calienta.)** No, es que me hace gracia. Vamos, que parece que toda la culpa de los males de la Humanidad la tenga yo. Pero, ¿yo qué he hecho, coño? **(Se da la vuelta. Encara a ADE.)** Me tiraron de correos, y tú lo sabes tan bien como yo, porque el capullo de Ibáñez el muy cabrón me la juró el primer día que entré allí, porque decía el hijo de puta que su primo hermano, como era manco, merecía mucho más la plaza que yo. ¡Pero no me jodas, hombre, Ibáñez! ¿Qué coño pinta un cartero manco? ¿Cómo coño mete las cartas de los cojones en los buzones de los huevos si le falta la puta mano? **(Imitando a una hermanita de la caridad que le estuviera explicando.)** No, es que resulta que el pobre hombre perdió la mano por salvar a una viejecita que estaba siendo agredida por un perro lobo que pesaba cerca de cien kilos. **(Volviendo a estallar.)** ¡Pues que se joda ese capullo, que le den mucho por el anverso! Y le faltó tiempo al capullo para irle al jefe de oficina con el cuento de que mi menda se metía una cosa blanca por la nariz que seguro que era droga. ¡Droga! ¡Por una rayita de marchosa que me hacía de vez en cuando! ¡Como si yo fuera un puto drogadicto!

ADE.- **(Irónica.)** ¡Qué disparate!

JAIME.- ¡Joder! ¿Es que el tintorro no es una droga? ¿Y el cigarrito? ¿Y la bono-loto y los *reality-shows* de los cojones, que me cago en la hostia? Ahora resulta que sólo la nieve es mandanga.

ADE.- Vale, tío, no sigas.

JAIME.- Por lo menos yo me busqué un curro. ¿Y tú qué? Todo el día con la puta revistita entre manos: que si ésta se ha casado, que si la otra ha abortado, que si éste le mete los cuernos a aquél...

ADE.- Sabes muy bien que eso no es verdad, capullo.

JAIME.- ¿Ah, no?

ADE.- No. Estaba con la depresión post-parto.

JAIME.- No me jodas otra vez con el rollo ese. Mi madre me tuvo a mí un jueves y el viernes ya estaba haciendo la compra de la semana en el supermercado. Y éramos catorce de familia. Y la abuela. **(Pausa.)** Lo que pasa es que tu madre te llena la cabeza de gilipolleces. Te juro que si yo formara parte del gobierno de este país lo primero que hacía, antes incluso de abrirme la cuenta en las Islas Caimán, era eliminar la moda esa que han sacado ahora los periódicos de regalar enciclopedias en fascículos. Sobre todo si tienen que ver con la medicina. No me digas que no, no me digas que no es de ahí de donde saca tu madre todo eso de la depresión post-parto y el colesterol y la necesidad de más luz en la tercera edad y el factor psicológico del estornudo y me cago en la sota de bastos. **(Pausa. Despectivo.)** Depresión post-parto... Lo que pasa es que es muy bonito estar todo el día en casa abanicándose la...

(Se escucha la voz de MEZCAL que regresa de la cocina con una botella de anís en la mano.)

MEZCAL.- Bueno, amigos, no hay nada mejor para la salud que un buen...

(JAIME y ADE le apuntan con sus pistolas, MEZCAL se queda parado.)

¿Qué pasa?

ADE.- A callar.

JAIME.- Siéntate.

ADE.- Los brazos arriba.

JAIME.- Deja la botella en el suelo.

ADE.- No hagas ningún movimiento extraño, ¿entendido?

(MEZCAL hace lo que se le ha ordenado, pero no, no ha comprendido.)

Jaime, mira a ver si está armado.

MEZCAL.- No lo estoy, sargento, sargenta, le juro que n...

JAIME.- Cállate. **(Lo registra.)** Nada.

MEZCAL.- Ya se lo dije, sargenta, sargento, per...

JAIME.- Te he dicho que te calles, ¿no? ¡Pues, cállate!

MEZCAL.- Pero es que...

ADE.- Hazle caso a Jaime si no quieres que te rompa el cuello. Se enfada enseguida. **(Y vuelve a registrar por ahí: por los cajones, en algunas carpetas, entre libros... Se acerca al casete y lo apaga con malos modos.)** ¿Cómo le puede gustar a nadie esta mierda de música? **(A MEZCAL.)** A ver, ¿dónde está la serpiente muerta?

(MEZCAL Abre la boca para contestar, pero siente el cañón de la pistola de JAIME en su nuca y no lo hace. Lo mira de reojo. Cierra la boca y se aplasta.)

JAIME.- ¡Contesta, cerdo!

MEZCAL.- Perdón. ¿Qué serpiente muerta?

ADE.- La que te mandaron para acojonarte.

MEZCAL.- No sé de qué me está hablando.

ADE.- ¿No se la llevarías a la poli?

MEZCAL.- No sé nada de ninguna serpiente, se lo juro. Puede que se la comiera el gato de mi vecina.

ADE.- Bueno, vale. ¿Y los anónimos?

MEZCAL.- Están todos ahí, en ese cajón...

(Pero la mujer ha cogido el cajón, le ha dado la vuelta y no ha caído nada.)

Estaban ahí, se los enseñé hace un mo...

ADE.- No me refiero a esos. Los demás. ¿Dónde están los otros?

MEZCAL.- N... no hay más.

ADE.- ¿Seguro?

MEZCAL.- Sí sí sí.

JAIME.- ¿No nos estarás engañando, eh?

MEZCAL.- No no no.

ADE.- Así lo espero. No me gustaría tener que matarte...

JAIME.- Aunque, de todos modos, te vamos a matar...

MEZCAL.- Vaya.

JAIME.- ¡Calla!

MEZCAL.- Sí.

(ADE hace una seña a JAIME. Éste asiente. Coloca un silenciador a la pistola.)

(MEZCAL que va comprendiendo la situación.) Sois los de los anónimos, ¿verdad?

ADE.- No exactamente. Nos han contratado para que te enseñemos cómo se trata a los tíos como tú. Y eso es justo lo que vamos a hacer.

MEZCAL.- Pero, ¿por qué?

ADE.- Nosotros somos unos mandados. Así que no me hagas preguntas difíciles.

MEZCAL.- ¿Quién os manda?

ADE.- Ah.

(JAIME se parte de risa detrás de MEZCAL.)

Un respeto, Jaime. (A MEZCAL, con sorna.) Perdona a mi compañero, es que está un poco nervioso. Siempre se pone así cuando tiene que machacarle el cerebro a alguien. Anda, calla, (De nuevo a JAIME, con su infatigable muestra de buen humor.) que pareces una maldita hiena.

(JAIME da un paso hacia su derecha y pega la punta del cañón de su pistola a la sien de MEZCAL. Aparta la cara a un lado por si salpica. ADE se da la vuelta, no puede aguantarse más la risa.)

MEZCAL.- (Sonriendo.) No me importa.

(JAIME relaja la pose de verdugo. ADE detiene sus carcajadas y se vuelve hacia ellos. El primero mira a la segunda sin saber cómo actuar. La segunda piensa unos instantes y sonríe, pero no cree haber comprendido bien las palabras de su futura víctima.)

ADE.- ¿Cómo dices?

MEZCAL.- Que no me importa.

ADE.- ¿El qué?

MEZCAL.- Esto.

ADE.- (Mirando a su alrededor. Dándose cuenta.) ¿Esto? ¿Que no te importa esto? ¿Que no te importa, digamos, tu situación? (Se parte.) Pues creo que es un poco jodida, y si no te importa a ti...

JAIME.- Ya verás si te importa o no cuando toda la habitación esté llena de tus sesos, imbécil.

MEZCAL.- Estoy esperando una llamada.

ADE.- ¿Ah, sí? Pues deberías comprarte un contestador...

(Ríe su propio chiste, también lo hace JAIME.)

MEZCAL.- Me llamará Pedro...

ADE.- No me digas...

MEZCAL.- ...y despertaré...

JAIME.- Me da que no.

MEZCAL.- ...le contaré que me habéis pegado un tiro en la cabeza y que me estoy volviendo loco con tanta pesadilla...

ADE.- ¿Pesadilla? Qué más quisieras tú. ¿Quieres que te pellizque?

MEZCAL.- ...y le diré que estoy a punto de terminar la obra. **(Se percata de que el auricular del teléfono está ahorcado, no en su sitio. Le dice a ADE.)** ¿Me hace un favor, señorita?

ADE.- **(Con su generosa sonrisa.)** ¡Uy, qué finolis! Pide lo que quieras, hombre, estamos para servirte.

MEZCAL.- Cuélguelo usted misma.

ADE.- Si es tu último deseo... **(Se acerca y lo hace realidad. Después, se aparta. Vuelve la espalda al crimen y revienta.)**

(JAIME clava definitivamente el cañón en la sien de MEZCAL y aparta la cara. MEZCAL también sonríe, aunque lo cierto es que está molesto porque así no hay quien trabaje.)

MEZCAL.- ¡Joder! Así no hay quien trabaje.

(Apagón. Suena el disparo silenciado.)

EPÍLOGO

El teléfono llama. Un cenital sobre Tony Mezcal. No duerme. Está sentado frente a su máquina de escribir blanca sobre una mesa negra. Su cuello está ahora violentamente arqueado hacia atrás. Su sien, rajada por un disparo, chorrea sangre. El teléfono insiste. Pero Tony Mezcal no lo oye. Ni aunque le vaya en ello la vida. Ya lo dijo Cervantes: «Bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templará el ardor, y finalmente moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey, y al simple con el discreto. Sólo una cosa tiene mala el sueño, según he oído decir, y es que se parece a la muerte, pues de un dormido a un muerto hay muy poca diferencia». En *El Quijote*.